



“LA GAVIOTA DE NEÓN”

Raúl Rubén Campos

Cuando uno abre la puerta de su casa para asomarse a un día invernal en Ushuaia, comprende un poco lo que puede ser salir de una climatizada nave espacial y llegar a un gélido y remoto planeta.

Bajar la suave pero congelada pendiente de un jardín sepultado por la nieve es comparable a la torpe primera caminata de un astronauta.

El cielo es color azul hielo, el sol un extraño y lejano adorno que no cumple con su función de luz y calor. Rodeándolo todo, un firme circo de encanecidas montañas que uno ve desde cualquier parte para recordarle que esta comarca fue y para muchos habitantes nostálgicos de otros paisajes sigue siendo, un presidio.

Hacia el sur, nunca más sur que éste, cierra el candado la lengua burlona del Canal de Beagle que engulliría en cinco minutos cualquier insecto humano que osara escapar por sus aguas.

Un astuto camaleón, a ratos disfrazado de Atlántico y a veces un furioso Pacífico que ya ha devorado docenas de barcos y hombres que se atrevieron a molestar sus largas y agitadas siestas bajo cero.

Pienso que al empezar así, tan abruptamente, cada día de trabajo, muchos de nosotros nos preguntaremos sobre cuál es la relación de este mundo prestado con nuestro inconsciente caluroso de barrios multitudinarios o boliches de campo.

Tal vez, estas ideas sólo expresaban en mi mente la depresión natural de dejar un romance con una calefacción generosa, cuando al intentar los primeros pasos de patinaje, para nada artístico en el hielo, comencé a sentir el congelamiento reglamentario de mi ya curtida cara.

Antes de llegar a la esquina percibí algo raro sobre una lámpara de alumbrado público. No era exótica la gaviota, especie muy común en esta zona marinera, el motivo de mi

sorpresa, pero sí era muy original que estuviera posada elegantemente sobre un nido de neón, afortunadamente apagado.

Sin duda, un grotesco contrasentido entre un típico habitante de siempre con el adelanto de un artefacto en una simbiosis que se burlaba de todas las leyes soberanas de la ecología de la comarca.

¿Cuál era la razón de aquel desatino que ni Picasso hubiera querido pintar?

Quizás sólo fuera una bolsa de basura que flameaba en jirones allí, justo debajo del poste enloquecido. Una bolsa abierta por chimangos hambrientos de carroña devorada por un monte blanco y desierto. Por eso el plástico atraía su mirada, como un pez abismal pero tal vez, envenenado.

¿Por qué ella buscaba comida seguramente contaminada teniendo el mar al alcance de un corto vuelo y un simple picotazo?

¿Habría aprendido la lección urbana de los gorriones que siempre sobreviven en cualquier polución comiendo las migajas del hombre?

No lo sé. Ella realmente estaba allí, empollando vaya uno a saber qué engendro biónico o quizás solamente esperando la oportunidad para darse un suicida atracón de carne podrida.

Pasé lentamente por debajo del disparate tratando de no espantar a la gaviota y lamentando no poder tomar una fotografía del fenómeno.

¡Pobre pajarraco! –pensé.

¡Podría electrocutarse en cualquier momento! – afirmé.

Lo cierto es que aquella mañana había pasado algo distinto, suficiente para iniciar un día de obligaciones también escarchadas de rutina. Enseguida, concluyó esa experiencia porque ya se sabe que es más importante el trabajo que una blasfemia estética como aquella.

Tomé un taxi y me olvidé del asunto. Muchas veces más tuve que tomar vehículos de alquiler en lo que restó de ese crudo invierno y por supuesto no me acordé de levantar la vista buscando aquel poste y su gaviota por las mañanas.

Cuando el barroso deshielo avisaba nuestra próxima cuasi primavera, el insólito volvió a aparecer.

Fue una mañana en que un viento suave y persistente descongelaba los planchones de hielo que corrían deshilachados en mil chorrillos de agua barroza rumbo al mar. El réquiem anual para largos meses de freezer.

Saltando entre charcos llegué por enésima vez a la esquina donde se supone paran los taxis, cuando oí un singular tintineo que venía de lo alto.

Con cierto fastidio reparé en el elegido poste de alumbrado y allí colgaba la carcasa de la consabida lámpara. Entonces recordé aquella imagen anterior y por un instante creí que aquel poste era un tótem llamando con campanas de aluminio a un ritual inédito e incomprensible.

Inmediatamente pensé que era sólo una lámpara de neón rota. Raro, porque nuestras imberbes patotas juveniles no son tan atrevidas ni nuestros novios tan apasionados para romper bombitas de luz y mimetizarse de a dos en paredones helados.

Sería simplemente el viento que en alguna ráfaga había hecho la travesura y ahora se jactaba con un redoble burlón.

No le di más importancia al mundano siniestro cuando al bajar la vista y al pie del poste de sacrificio, un fuerte destello me encandiló por un segundo. Seguramente, algún cristal reflejando un rayo de luz anémico.

Eso era imposible porque el perezoso sol fueguino seguía bostezando todavía en el Atlántico Sur y seguramente encendería el día muy tarde. Entonces me acerqué porque....bueno, uno estando vivo debe ser un poco curioso.

No debería haberlo hecho porque otra vez lo irracional apareció..

Entre la brizna escarchada de los primeros pastos que reaparecían en el cantero vecino a la vereda y cerca del poste, había un misterioso bulto que era blanco y también era cristalino.

Es una gaviota muerta –me dije- aliviado por volver a una realidad por fin vulgar y normal.

No había dudas –me consolé- pero muy pronto yo era un mar de dudas.

Es que las dudas comienzan para uno cuando percibe una variante natural o artificial que desafía toda la prolija estructura mental que uno cree poseer o cuando uno toma conciencia de la infinita ignorancia que padece.

¿Qué explicación convencional podrían tener aquellos tonos de plumaje cambiantes desde el blanco a un ignoto y traslúcido color nada?

¿Dónde insertar en la mente aquel pico amarillo ocre como el de una gaviota pero fabricado en plástico aislante?

Lo único que podría pensar era que había encontrado un juguete. Seguramente algún niño descuidado lo había dejado allí....pero, me faltaba observar aquellos ojillos fosforescentes encendidos por algún pequeño voltaje o alguna misteriosa pila.

En ese instante, ya comprendía que esa era la luz que brillaba en la tardía madrugada y era la única porque mi mente entró en las sombras de la confusión.

No era para menos, dos meses atrás había encontrado una gaviota oronda, empollando un huevo de neón y esa mañana...esa mañana parecía haber encontrado el primer pichón de neón.

El pobre engendro, como todo Frankenstein, al final, falló. Pudo nacer o fabricarse, consiguió romper su nido de vidrio. También cargar en sus ojos la energía de la luz de una usina extraída y ajena pero al querer volar, porque al fin y al cabo era una gaviota, seguramente cayó fatalmente.

Tal vez, no sabía que sólo podía caminar con sus patitas de alambre de cobre por los cables del alumbrado eléctrico. Por esos sus ojillos quedaron encendidos mirando al vacío, no comprendieron que las gaviotas de neón no pueden existir.